



El profesor —¿Dónde está San Sebastián? ¿En el Norte ó en el Sur?
 Los niños. —¡En el cielo!



CRÓNICA

Niños.

¿Sabéis cual es el lema de la simpática y humanitaria institución de los *boy scouts*? Es *Siempre adelante*, y su emblema una estrella de cinco puntas que, cual la estrella polar, es el guía más seguro para orientar á los exploradores.

Siempre adelante, no es, sin embargo, divisa exclusiva de los *boy*, lo es así mismo de cuantos se interesan por la cultura, por el desenvolvimiento moral y por el desarrollo físico de los niños, gala la más bella y preciada de la gran familia social, y en cuyos tiernos cerebros y delicados corazones hay que depositar la semilla destinada á dar mañana frutos de vida, si han sido debidamente cultivados, ó resultar estériles, si han sido desatendidos. Y ahí teneis el por qué de tantos desvelos y cuidados; á la barbarie de la letra con sangre entra, ha sucedido el ejercicio de la enseñanza por medios fáciles y atractivos; á la dureza de los castigos, el noble estímulo de apetecidos premios; á la brutalidad de los juegos groseros y peligrosos, los *sports* que desarrojan los músculos y, dan fuerza y flexibilidad, á los miembros; á la gimnasia rutinaria y casera, la sueca y la rítmica con sus elegantes movimientos y evoluciones; á los juguetes inútiles y costosos que se adquirían para tormanto de los chicos, que los guardaban y los miraban, los juguetes mecánicos que instruyen y deleitan á la par; todo ha evolucionado, todo tiende á la perfección más exquisita en bien del niño, y á ese bien común todos venimos obligados á contribuir.

Si con tanto cariño se ha velado por lo que á su desarrollo físico se refiere, la parte intelectual no podía quedar olvidada, y ella va *adelante* también. Así lo demuestran el gran número de bibliotecas infantiles que se han publicado y las revistas á los niños dedicadas; una revista debe quererse como un buen amigo, como el mejor de los buenos amigos, pues cumple la altísima misión de enseñar sin causar fatiga, y de expansionar el ánimo con sus agradables pasatiempos.

El CORREO DE LOS NIÑOS, será desde hoy un nuevo amigo de los niños, tanto de España como de América, un nuevo camarada, cuya

misión no queda encerrada en sus columnas, sino que desde luego se ofrece á contestar vuestras preguntas y á publicar vuestros trabajos, siempre que el original reuna condiciones para ello, publicando el retrato del niño que por el mérito de sus composiciones á tal distinción se haga acreedor.

El CORREO DE LOS NIÑOS no os brinda con pomposas promesas, ni con atrayentes ofrecimientos, pero tiene el firme propósito de reunir en sus páginas cuanto pueda contribuir á merecer vuestra simpatía y favor. ¿Acertaremos? La respuesta no se hará esperar.

PACHIN

LOS RUISEÑORES

El ruiseñor es un pájaro solitario, célebre en todos tiempos y tan conocido por su encantadora melodía, que ocupa el primer lugar entre los pájaros de canto por lo que le llaman el cantor de la naturaleza. Los hay de varias especies.

El ruiseñor franco ó libre, es pájaro de paso, más pequeño que el gorrión, aunque parece más largo, pero infinitamente más ligero; es muy tímido, sobre todo cuando no está amansado, y á esta timidez natural se atribuye la costumbre que tiene de mover continuamente la cola.

El macho canta con gracia, mas la hembra es muda. Este pájaro es tan solitario y celoso, sea para cantar ó para viajar, que jamás se ven dos juntos, pero tampoco ningún pájaro muestra más inclinación y amor á la hembra y más cuidado con sus hijuelos, que cría con cariño y que enseña á cantar.

Tiene el pico largo, tierno, flexible y pardusco, y cuando lo abre deja ver una ancha boquera de color pajizo anaranjado.

Tiene la cabeza, el cuello y la espalda cubiertos de plumas de color leonado. La garganta, el pecho y el vientre, son de un color ceniciento.

El tiempo más propio para cobrarlos, es desde el principio hasta fines de abril.

Los que se cogen en los primeros días de mayo, como ya están parados, gastan más tiempo en la jaula antes de cantar, no pudiendo olvidar fácilmente sus hembras y sus amores.



EL OSO



Un empresario de teatros le decía a un partiquín:
—Llega usted que ni pintado, entre usted señor Joaquín.



Pruébese usted este traje porque ha de figurar en el drama de Gaspar «Los osos en el bosque».



Pase usted por esta puerta y al llegar a bastidores espere usted que lo llamen para salir en funciones.



Pero el oso no veía y al salir por la escalera un bull-dog de buena raza le hace presa en una pierna.



Huye el oso con furor al desprenderse del perro que se lleva entre sus dientes media pierna del cabestro.



Y, tan aprisa se aleja que haciendo una pirueta se va de cabeza a un cubo lleno de pintura negra.



Comprendiendo lo grotesca que debe ser su figura va a llorar en un rincón tan horrible desventura.



Pero al preciso momento, otro perrito de presa con agallas de fumento se le lleva la cabeza.



Y viéndose al fin humillado sin la pata y sin cabeza quiere volver al teatro para probar suertes



La escalerita se sube de dos en dos escalones, y se introduce en la escena sin más consideraciones.



Era el momento fatal cuando el cazador decía: «Este es el criminal oso que mató mi tía».



El público al ver tal facha la emprendió con risa tal, que el drama acabó en sainete y Joaquín piramidal.

TOMASIN EL GUERRERO



Tomasin, niño muy estudioso, era aficionado á oír hablar de guerras y de hechos de armas. Sus principales juguetes eran un sable de madera, una escopeta con cañón, de hoja de lata, y un tambor encarnado; ade-

más, su mamá le había hecho un sombrerito de papel con una borlita, de los colores nacionales, porque Tomasin era tan valiente como buen patriota.

Cierto día, dejándose llevar de su instinto belicoso, salió á recorrer los alrededores de su casa junto con su corderito, animal dócil que servíale de cabalgadura, cuando quería trepar por riscos y breñales en busca de aventuras. Era el corderito tan buen compañero de Tomasin, que en sus correrías ayudábale á la destrucción de animales dañinos ó sea matar lagartijas, aplastar gusanillos y partir en dos partes las orugas, para ver como coleaban cada trozo por su lado; pero considerábalas tales hazañas, Tomasin, cosa despreciable, ocurriéndoselo una mañana emprender aventuras de mayor magnitud y divisando allí, cerca del río, una multitud de ranas que celebraban consejo para librarse de las acometidas de una cigüeña que les causaba muchas bajas con su afilado pico, arremetió con ellas, cuando iban las pobres á deliberar sobre el resultado de su discusión, pero tales proezas hizo Tomasin con su palo y tal maña se dió, que sólo tuvieron tiempo de

saltar al agua produciendo anchos remolinos, no sin que alguna que dase herida á los pies del vencedor y con su gruesa voz de alarma asustase á Tomasín, quedando perplejo; pero era también esta aventura de escasa magnitud para tan excelente guerrero, y viendo cerca de allí un pajar lleno de pajaritos, que buscaban alegremente un granito de avena, los atacó con tal denuesto que nuevamente quedóse dueño del campo; viendo que las aves tampoco eran temibles y que dos gansos



disputábanse por un bollo, acercóse Tomasín y se los quitó de un garrotazo; pero no satisfecho aún, persiguióles para darles de nuevo una paliza, llegando de esta manera junto á un huerto, donde penetraron los gansos uniéndose á sus compañeros; viendo á Tomasín que hacía lo propio, sin pedir permiso y con un apetitoso bollo, arremetieron con tal furia que en seguida le despojaron de él y de sus armas, que fueron hechas añicos á las acometidas de sus picos; esto bastó para que el capitán Tomás, según él se titulaba, lanzando un grito de terror corriera á esconderse en su casa.

De allí en adelante no tuvo Tomasito un genio tan belicoso; siendo con su mamá y sus compañeros, un modelo de niño prudentes.



—Mi muñeca es un primor
y nunca tiene antojitos,
dice papá y mamá
y abre y cierra los ojitos.

—Dime, papá, ¿es verdad que
Dios hizo al hombre del polvo de
la tierra?

—Cierto.

—Entonces para hacer los hom-
bres negros tomaría polvo de car-
bón, ¿no es así?

—¡Parece lo más lógico!

—==—

Un moralista decía en su cáte-

dra: «—Señores, la razón es el
freno de todos los vicios...»

Al día siguiente tomó una bo-
rrachera, y un discípulo suyo que
le vió, le dijo:

—Diga usted, señor profesor,
¿y el freno?

—Me lo he quitado para echar
un traguito,—replicó el moralista
tartamudeando.

LA VENGANZA DE UN DOMESTICO



Don Trufinito Gimenez
era un hombre insoportable
que trataba a su doméstico
como a un perro miserable.



¿Qué te has dejado el anzuelo?
dilo sí, loco de atar
voy a ver si un pellejo
me sirve para pescar.



No te tengo compasión,
cuando lleguemos a casa
te envuelvo en papel de estraza
y te pongo en el fogón.



Señor, la mar se embravece
la claridad ya fenecía
y se acerca un tiburón.
—Cállate calabazón.



Ya te conozco bandido
tú te pusiste a rezar
para que Dios enviase
un temporal en la mar.



La barca como una nuez
choca en una isla perdida,
suerte que salen con vida
el doméstico y su juez.



—Ya te puedes alabar,
delante de ti me ves,
sin comida ni bebida
sin tabaco ni café.



Vete ya de mi presencia
ya jamás te quiero ver.
—Señor, que vienen los negros
y se nos van a comer.



Y batallando el kaqueval
se presentan los salvajes
haciéndole unos visajes
cual si fuese un general.



Y es que el traje del doméstico
tan lucido y azulado,
hace que lo crean rey
ó príncipe disfrazado.



Y hasta le ofrecen un trono
por si quiere gobernar
que es rehusado al instante
para hacerse desear.



—Señor don Trufino,
se trocaron los papeles,
por fin caíste besugo
prisionero entre mis redes.

LA VENGANZA DE UN DOMÉSTICO



Un negro de sopetón se presenta cobibido y se lleva á don Trufino condenado á ser comido.



Encerrado en la mazmorra piensa en su vil condición servir de ajo á las sopas del negrito Salsichón.



Quiere llorar y no puede, quiere rezar y tampoco solo ve negros fantasmas que lo vuelven medio loco.



El doméstico ha logrado de su jefe Salsichón que le salvaran la vida pero con la condición



Que sirviese de perrito asimilando el pachón y anduviese á cuatro patas delante la comisión.



Y para verle bailar la ferruca y el morrongo vienen tres jefes indios y dos príncipes del Congo.



El doméstico feliz se hace besar la mano y un negrito cacarea un himno republicano.



Un amigo de Trufino que se paseaba en globo, lo ve bailando en la selva entre un enjambre de monos.



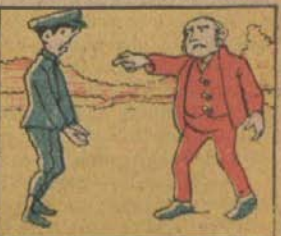
Con su áncora certera le coge del pantalón, pero el paje no le deja y luchan sin compasión.



Tres horas están luchando con una rabia feroz, pero el globo hace un esfuerzo y se los lleva á los dos.



—Se trocaron los papeles otra vez ya te pesqué, y no es trucha que es langosta, con salsa la comeré.



No te tengo compasión, cuando lleguemos a casa, te envuelvo en papel de estraza, y te pongo en el fogón.

EL PARAGUAS DE LAS DESDICHAS



—Mamá,—dijo Alberto, niño de diez años,—si no me dejas el paraguas no podré ir á la escuela con mi hermanita Julia.

—Yo no tendría inconveniente,—contestó la madre,—si no fuera porque temo que el viento se os lleve á vosotros y al paraguas.

—Que será lo más fácil,—añadió el hermano de Alberto llamado Jacobo.

—No hay cuidado,—repuso el chico;—con el paraguas seremos fuertes.

—Bueno,—dijo la madre;—os lo dejaré y veremos si me lo devolveis entero, mas, antes de todo, sepamos si podrás abrirlo.

—¡Ya lo creo! ¡No faltaría más que un chico como yo, no supiera hacer una cosa tan sencilla!—replicó Alberto abriendo el paraguas, aunque no sin algún trabajo.—Vamos, Julia: en marcha.

Aun no se habían alejado los dos niños unos treinta pasos de la casa, cuando el viento, que soplaba con fuerza, pareció ensañarse de tal modo que á duras penas pudo Alberto sujetar el artefacto en sus manos.

—Parece que mamá no tenía mucha confianza en nosotros —dijo Alberto á su hermanita,—pero ya le demostraremos que no somos tan criaturas; y mi hermano Jacobo, no tendrá motivo para burlarse de nosotros.

En aquel mismo instante una ráfaga de viento, más fuerte que las anteriores, elevó el paraguas de tal manera que poco faltó para que Alberto perdiese pie.

—Ten cuidado,—dijo Julia,—porque sino me parece que vamos á quedarnos sin paraguas.

—Cógete á mí y no temas,—contestó el chico,—y así seremos más fuertes que el viento.

La niña se agarró con toda su fuerza, mas á pesar de esto, el paraguas seguía tambaleándose de un lado al otro y hubiérase dicho que se esforzaba para escaparse de las manos que lo retenían.

—¡Niños! —gritó el mancebo de una tienda, acercándose á los niños y sujetando el paraguas al ver que Alberto estaba á punto de caerse.—Más vale que le lleveis cerrado, pues de lo contrario pareceme que vais á elevaros hasta las nubes como en un globo.

—No puede ser,—contestó Alberto,—porque vamos á la escuela y no queremos mojarnos.

—Pues ye creí que ibais á la luna,—repuso el otro;—y si no queréis hacer tan largo viaje, os aconsejo que mantengais el paraguas al viento, sobre todo al doblar las esquinas.

Los niños continuaron su marcha, y á los pocos pasos otra ráfaga estuvo á punto de arrancar el paraguas de las manos de Alberto.

El mancebo de la tienda, que los vigilaba aún, corrió para sujetarlo de nuevo y dijo al chico como debía llevarlo.

—Yo creo,—murmuró Julia,—que no tienes fuerza suficiente para llevar eso, y casi sería mejor mojarnos.

—No seas tonta,—contestó el hermano:—ya verás como al fin puedo yo más, y me sobran fuerzas para sujetar este armatoste.

—Pues, vamos adelante,—repuso Julia.

Al doblar una esquina tropezaron con un muchacho, á quien por poco hacen caer.

—¡Torpe!—gritó el agraviado.—Si me descuido me sacas un ojo. Si no sabes llevar el paraguas, déjalo en tu casa.

A decir verdad, los niños no eran culpables, pues como iban con la cabeza gacha, no veían á los que pasaban á su alrededor; más por desgracia, no debían acabar con estos percances.

Llegados á una calle bastante estrecha, el paraguas de Alberto se enganchó en la falda-pantalón de una señora, que al volverse rápidamente, tropezó con un chico que llevaba una fuente con carne. Esta se cayó en medio del barro, y un perro que echó á correr después de coger un pedazo, enredóse entre las piernas de un caballero, haciéndole caer de bruces.

Al ver todo aquel desorden acudió un agente de policía, y viendo que la causa de todo era el paraguas de los niños, amonestóles severamente para que tuviesen más cuidado.

—Sois una pareja peligrosa,—les dijo,—y me parece que todavía no llegareis á casa sin cometer algún desacierto.

—¿Qué quiere usted decir?—repuso el niño, queriendo hacerse á un lado.

—Que si vuestro paraguas tuviese en la extremidad un puñal, ya ha-





bríais hecho correr la sangre de alguno. Vamos, proseguid vuestro camino y mirad por donde vais.

A los pocos pasos, el dichoso paraguas, arrancado por el viento de las manos del chico, cayó al suelo, saltando dos de las varillas. Alberto lo recogió; y mientras trataba de arreglar el desperfecto, como el aire soplaba en sentido contrario, volvió el paraguas al revés, mientras que el gorro de la niña volaba también como una pluma.

—Ahora sí que la hemos hecho buena,— exclamó Alberto, esforzándose para retener el paraguas que se le escapaba de las manos.

—¡Oh!—exclamó, a su vez, la niña.—¡El viento se lleva mi gorro! ¡Dios mío! ¡Como nos reñirá mamá! ¿Qué haremos ahora?

—Será preciso ir a la escuela,— contestó Alberto, tratando en vano de arreglar las varillas del paraguas y de recoger el gorro de su hermana,—porque sino Jacobo se burlará de nosotros; pero el caso es que no sé cómo arreglar las varillas.

Cuando los niños discutían ese punto, oyeron resonar una carcajada detrás de ellos, y al volver la cabeza vieron a su hermano mayor, que después de arreglar el

desperfecto como mejor pudo, condujo á los niños á la escuela, no sin reirse á costa suya por el ridículo papel que habían hecho, lo cual resintió en gran manera el amor propio del chico.

—Supongo,—dijo Jacobo,—que la lección te será provechosa, para no empeñarte otra vez en llevar paraguas como un hombre, cuando ni siquiera puedes sostenerte.



Alberto se calló, comprendiendo que su hermano tenía razón.

—¡Ay, mamá!—exclamó Julia cuando llegaron á casa.—Te aseguro que el paraguas ha naufragado por completo y que yo renuncio á llevarlo otra vez.

—Más vale que haya pagado el paraguas que no vosotros; y esto os enseñará que no se debe correr cuando apenas se sabe andar.

EPIGRAMA

Un tuno, tras un amigo,
penetró en una *soiré*,
con el propósito de
procurarse algún abrigo.

Robó una capa, y no arguya
nadie por echarle el muerto,
pues él dice, y es lo cierto
que se salió con la suya.



Verás *segunda* y *cuarta*
entre judíos,
y *primera* y *segunda*
tendrás tú mismo.
Segunda y *cuarta*
(que es un anfibio pobre)
riquezas canta.

Es mi *primera* y *cuarta*
como la nieve.
Segunda repetida
rara parece.
Pero es más raro
conseguir con mi *toda*
buen resultado.

—
Mi *primera* existe en ti,
sin mi *segunda* soy nada
y soy, desde que te vi,
el *todo* de la charada.

Las soluciones en el próximo
número.

REGALOS Á NUESTROS SUSCRIPTORES

El obsequio que el CORREO DE LOS NIÑOS hará cada seis semanas á los suscriptores que hayan acertado todas las soluciones, consistirá en tres magníficos regalos:

- 1.º Un elegante reloj de oro para niño.
- 2.º Una ampliación del retrato del interesado, con un precioso marco dorado 70 x 80.
- 3.º Un bonito juguete, apropiado al sexo del agraciado.

Tendrá opción á estos regalos, todo suscriptor que haya remitido á la Redacción de este semanario todas las soluciones exactas de los seis números correspondientes á seis semanas.

Los suscriptores que hayan acertado todas las soluciones, remitiendo semanalmente las de cada número, recibirán bajo sobre cerrado un billete conteniendo varios números de nuestro sorteo que corresponderá con la Lotería Nacional y del que ya se avisará oportunamente.



El escarabajo.—Yo no sé si es presunción,
pero metemos un ruido
para despertar un león.
La avispa.—Sí, un león que esté dormido.

INVITACIÓN

Invitamos á todos nuestros suscriptores, á la colaboración al CORREO DE LOS NIÑOS; así es, que toda historieta, dibujo ó bien fotografía, como también chascarrillos, acertijos, etc., etc., que nos remitan, serán publicados á juicio de la Redacción, en las páginas de nuestro semanario.

Conque ¡animarse! El CORREO DE LOS NIÑOS os espera.

JUEGO DE MANOS.—EL TURCO Y LA TURCA

Lo más práctico es pegar toda la hoja sobre un cartón. Recortar la figura A del turco. Luego la figura D que se pegará á la espalda de la figura A.

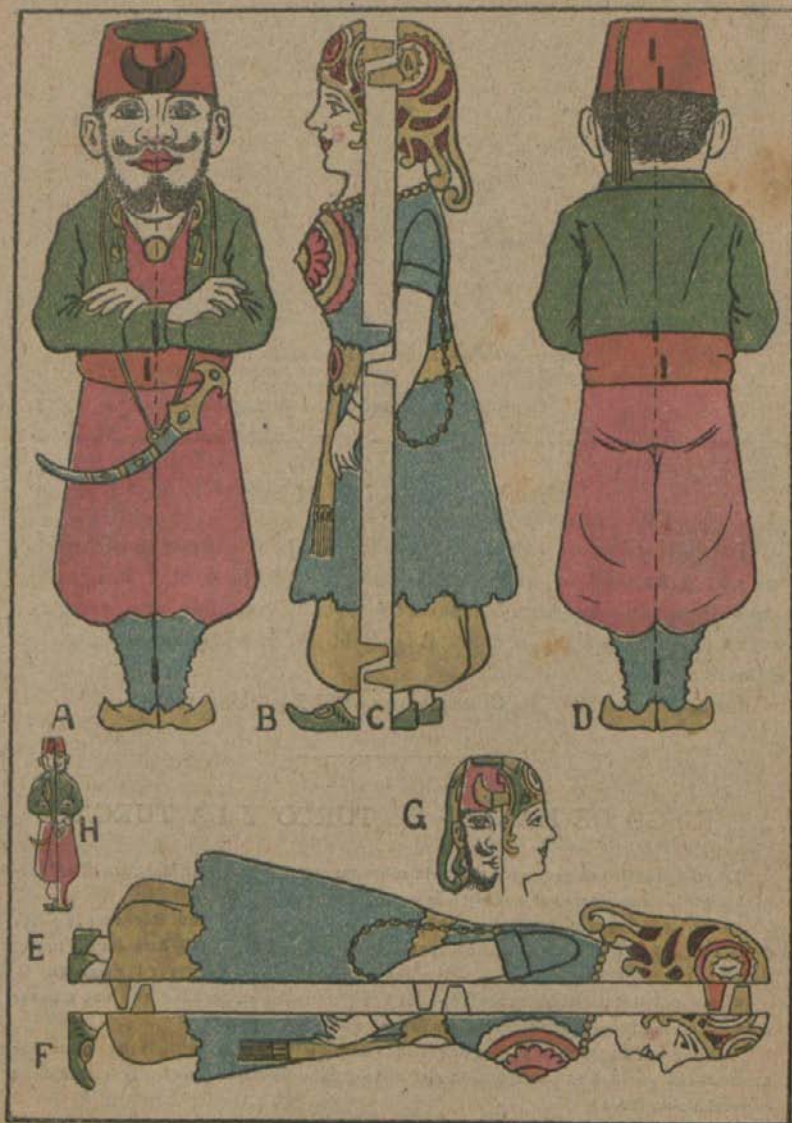
Recortas la figura B C y E F pegándolas de manera que coincidan. Recortas la parte de la turca B F ó introduces las espigas en los trozos negros de la derecha del turco. Recortas la parte C E é introduces las espigas en los trazos negros D. (ver la figura G y H)

Como un hábil prestidigitador, explicas á tus pequeños camaradas que vas á hacer desaparecer un turco y aparecerá en su lugar una turca.

Ocultas con un pañuelo por un pequeño instante el turco y lo aprovechas para dar un cuarto de vuelta á tu construcción retirando el pañuelo verán que efectivamente se ha convertido en turca.

Redacción y Administración: Calle de las Cortes, 695 —Barcelona.

JUEGO DE MANOS



EL TURCO Y LA TURCA

(La explicación en la página anterior)